

EL COLEGIO DE MICHOACÁN

Luis GONZÁLEZ

El Colegio de Michoacán

EL TIEMPO en que comienza El Colegio de Michoacán es el presente. Aunque Vasco de Quiroga solía decirle Colegio de Michoacán al que fundara en Pátzcuaro en 1538, el actual del mismo nombre no es ni pretende ser sucesor de la empresa quiroguiana. El de ahora se le ocurrió a don Alfonso Reyes en 1940. Él quería reunir en un colegio, en Morelia, a los ilustres humanistas españoles transterrados a México por la discordia civil de la madre patria y por las gestiones de Daniel Cosío Villegas. Aunque era presidente de México un michoacano simpatizador de la inteligencia transterrada y amante de su tierra natal, el plan de don Alfonso prendió en la metrópoli, que no en Morelia, con la denominación de El Colegio de México. Entonces lo importante sólo podía salir del vientre de la capital; todavía el horno de la provincia no estaba para bollos.

En 1965, el doctor Silvio Zavala, tercer presidente de El Colegio de México, retoma la propuesta de don Alfonso; propone la apertura de un colegio semejante al metropolitano y regido por éste, en Michoacán. Don Agustín Yáñez, secretario de Educación Pública, mira con simpatía la ocurrencia de don Silvio, pero sugiere que la sucursal de El Colegio de México se ponga en Guadalajara. Poco después, don Silvio va de embajador a la República Francesa y su plan se esfuma. Vuelve a las andadas, en 1973, Servando Chávez, gobernante de Michoacán. Desgraciadamente, aunque el momento era propicio, el gobernador iba de salida. La hora era oportuna porque acababa de establecerse en el recién fundado Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT), la oficina de "Creación y Fomento de Centros de Investigación en Provincia". Institutos como El Colegio de Michoacán sólo podían nacer con la anuencia y los recursos del gobierno de la Federación, no con ayudas

privadas o municipales o de la gubernatura. El nuestro pudo haber surgido en el sexenio 1970-1976, pues entonces el gobierno de don Luis Echeverría, al través de CONACYT, erogaba muchos millones de pesos en la hechura de institutos científicos en los Estados; iniciaba en grande la tarea de descentralización de los estudios científicos y tecnológicos.

La ayuda a los investigadores sube a mayor prisa aún en el sexenio de José López Portillo, a una velocidad de 40% de crecimiento al año, si bien en la provincia no tan a las volandas como en la metrópoli, y no por culpa del dispositivo central. Don Fernando Solana, secretario de Educación Pública, sugiere la descentralización de los principales centros de estudio de la capital, entre ellos las universidades, el Centro de Estudios Superiores del Instituto Nacional de Antropología e Historia (CIS-INAH) y El Colegio de México. Los responsables de los institutos de cultura capitalinos acogen bien las sugerencias de Solana, entre otras cosas, porque creían que la comunidad científica ya no soportaba el neblumo, lo cochambroso, las distancias largas y lentas, el estrépito mecánico, las muchas obligaciones docentes, el juntismo, la comititis, el exceso de deberes cívicos, la falta de corazón, el bombardeo a las fibras nerviosas y otros obstáculos de la capital de la República. Por su parte, algunos científicos opinaban que el estudio de un país tan multiforme como México no podía hacerse en el escondite de la capital, lejos de los temas de estudio, únicamente al través de documentos, mapas, fotos, libros y decires. Todo parecía indicar que había llegado la hora de la dispersión de los cultos en la vasta geografía de México.

Como quiera, no fue suficiente para promover la descentralización masiva de la ciencia la conciencia de que se podía vivir mal con los muchos transportes, espectáculos y vecinos de la metrópoli; de que se aprendía mejor en provincia y de que el gobierno federal patrocinaba la fuga hacia la periferia de México. El doctor Manuel Ortega dijo en uno de los coloquios de la SEP: "Todos los investigadores radicados en el Distrito Federal se manifiestan profundamente molestos por radicar allí. . . Todo mundo habla de salirse de México, pero

cuando se plantea la posibilidad de hacerlo, el 90% de los quejosos no se anima a irse. . . por la familia. . . las inversiones hechas en la compra de una casa”, porque el clima metropolitano es el mejor de los climas posibles y los atractivos de la provincia no logran atraer a gente acostumbrada a buenos servicios y diversiones. Fuera de la urbe mexicana, siglo y medio después del dictamen de la Güera Rodríguez, toda la República sigue siendo un Cuautitlán sin espectáculos artísticos, sin bibliotecas, sin planteles de educación, con atmósfera cultural raquítica, con servicios públicos deficientes. Por todo esto y algo más difícil de decir, la hechura de El Colegio de Michoacán no fue tarea de fácil realización.

A mediados de 1978, Víctor L. Urquidi, presidente de El Colegio de México, y Roque González Salazar, coordinador académico, contestan a la sugerencia descentralizadora del ministro Solana, con el proyecto de un Colegio de Michoacán. En el segundo semestre del 78, Roque escribe planes y conversa repetidas veces con las autoridades educativas y con el único profesor que se prestaba para irse a provincia, acerca de la puesta en práctica de la idea del Colegio michoacano. Se debate una y mil veces sobre

EL LUGAR, la gente, la estructura y las funciones de la nueva institución. Se rechaza la idea de abrirlo en Morelia por ser un centro universitario, donde estaría bajo la presión de un creciente número de estudiantes que exigen maestros y repudian investigadores, que probablemente hubieran compelido a los colmichianos a supeditar las actividades de investigación a las de enseñanza. Se busca otra ciudad del Estado que no modifique las miras del Colegio de Michoacán ni lo vea con temor ni repulsa. Se dispone abrir la nueva casa en Zamora, ciudad ahora fenicia pero con muy buenos antecedentes humanísticos no del todo olvidados, con una tradición de estudio que remonta al siglo de las luces, a la centuria en la que tres claros varones de Zamora fueron protagonistas: Plancarte, Gamarra y Navarrete. En la cultura moderna y actual de México todavía sobresalen muchos nombres de oriundez zamorana:

los hermanos Méndez Plancarte y Alfonso García Robles entre otros.

La ciudad escogida como sede está situada en el valle más dulce y ubérrimo de la República. Hoy viven en Zamora y la villa de junto alrededor de ciento cincuenta mil habitantes que se dedican, en su gran mayoría, a la horticultura (fresa, papa y cebolla) y a los servicios, especialmente médicos y mercantiles. Quizá la temperatura constantemente tibia no sea la más adecuada para las tareas intelectuales. Lo verde del Edén esconde amibas y una variedad infinitesimal de insectos. Se trata de un valle con el problema de la escasez de salud y con otros problemas necesitados de estudio y hasta ahora muy poco atendidos. Es una población grande y lenta con minúsculos servicios de índole cultural, pero no reacia a los centros de alta cultura; es una ciudad de construcciones bajas, sin edificios para presumir fuera de la catedral inconclusa. Está equidistante y no muy distante (a dos horas en automóvil o en camión) de cuatro ciudades de notoria riqueza arquitectónica, archivística, bibliotecaria y mercantil: Guadalajara, Morelia, León y Guanajuato. En la gente de Zamora no hay actitud de repulsa para El Colegio; no nos han malquerido ni los hombres a quienes sonríe la opulencia, con ser tan desconfiados.

Al decirse la instalación de El Colegio de Michoacán en Zamora, don Francisco Miranda, historiador que se había adelantado a la diáspora, se da a la tarea de buscarle alojamiento al instituto y a quienes lo formarían. También se debe a gestiones suyas la cesión, por parte de la ciudad, de una hectárea donde se pudiera construir en el futuro el edificio *ad hoc* del Colegio. Como principio de cuentas se toma en alquiler una casa de bellísimo patio, construida por el buen albañil Jesús Hernández Segura, el mismo que diseñó la catedral inconclusa. Esta casa fue en tiempos de don Porfirio la haceduría de la diócesis de Zamora, y después, palacete de una familia opulenta y sin niños que la mantuvo en buenas condiciones. Como luego se vio que no cabría la gente y el instrumental del Colegio en su primera residencia de Madero Sur, se toma en alquiler otra en el número 71 de la misma calle.

Antes de la crisis, los colmichianos solían discutir acerca de las necesidades que debía llenar y de la apariencia que debía tener el edificio propio del Colegio. A partir de la crisis, que aplazaba la construcción del alojamiento definitivo, se puso la mira en la busca de otra casona rentable, pues la de Madero 310 la tomaba a toda prisa la Biblioteca. Desde 1981 se renta la casa de la calle de Morelos 122 que es de tres patios, con piezas grandes que sirven para aulas, con cuartos útiles para oficina, con multitud de cuartuchos aprovechables como cubículos de una docena de investigadores, y con una huerta muy apropiada para meditadores peripatéticos. Con las tres casas actuales, El Colegio de Michoacán deja de sentir demasiadas apreturas.

En el principio, lo más duro fue conseguir alojamiento para los investigadores y algunos estudiantes transferrados a Zamora. Aquéllos, casi todos casados y con hijos, requerían casas rentables, y éstos generalmente sólo casas de asistencia. Muchos de los profesores buscaron inútilmente casas-habitación pueblerinas y de tipo sierra, con patio central, techumbre de teja y abundancia de tiestos y pájaros. Los más se contentaron con viviendas alquiladas de tabique y concreto. Algunos se han hecho de casa propia. Todos los integrantes del Colegio han conseguido habitación digna. Conseguir alojo para estudiantes solteros ni siquiera se planteó como dificultad. Zamora está acostumbrada a recibir alumnos foráneos desde hace más de un siglo. Pero sí fue muy difícil obtener viviendas para estudiantes casados que suelen disponer de muy poco dinero. Como quiera,

LOS INVESTIGADORES de El Colegio de Michoacán no han tenido que marcharse a vivir en lugares apartados de las tres casas de la institución. Los más remotos viven en Jacona, la villa adjunta. Por lo demás, la porción administrativa de la gente de Colmich ya vivía acá antes de la ceremonia inaugural del 15 de enero de 1979. La mayoría de los encargados de los servicios de apoyo, aparte de tener donde vivir, apoyaron a los que llegaban de fuera en su búsqueda de alojamiento *ad hoc*,

de casa que no desdijera de una gente tan cargada de títulos como la que venía a constituir El Colegio de Michoacán.

Los investigadores, procedentes en un 80% de la capital de la República, llegaron poco a poco. A Francisco Miranda no se le puede contar entre los recién venidos. En el primer semestre de vida institucional, sólo hubo un par de arribistas. Durante los calores de 1979, arribaron los antropólogos sociales Jaime Espín, José Lameiras y Guillermo de la Peña y los sociólogos Gustavo Verduzco y María Gallo, la etnohistoriadora Brigitte Boehm, el historiador Heriberto Moreno y el filósofo orientalista Agustín Jacinto Zavala. Al concluir 1979 Colmich contaba con diez investigadores. Otros siete se incorporaron en 1980: el economista Thierry Linck Michel, la antropóloga Patricia Arias, el etnomusicólogo Arturo Chamorro, la folclorista María del Carmen Díaz y los historiadores Jean Meyer, Beatriz Rojas y Germán Posada. En 1981 ingresan cinco: el agrónomo Juan Manuel Durán, el pedagogo Sergio Pardo Galván, el economista José Sánchez y los historiadores Cayetano Reyes y Carlos Herrejón. De 1982 para acá han venido los historiadores Andrés Lira, Cecilia Noriega y César Moheno; el filólogo Roberto Heredia y el lingüista Ramón Gil Oliva.

De los veinticinco colmichianos responsables de proyectos de investigación veintidós ostentan estudios superiores a la licenciatura. De los veintidós posgraduados trece son doctores, los más por universidades de Europa y de Estados Unidos. La gran mayoría sabe latín porque en una época de su trayectoria fue seminarista. Casi todos manejan el inglés y el francés y ya tenían reputación de cultos antes de venir acá. La mitad había publicado libros, y los que menos, algún artículo gordo de revista especializada. El más viejo de todos, con cincuenta y tres años de edad a su llegada, era autor de diez mamotretos. Era cuarentón un trío de los incorporados y eran treintañeros cosa de veinte. El número de investigadoras se ha mantenido en seis. Se puede decir, sin exceso de petulancia, que El Colegio de Michoacán se ha hecho con un personal científico muy disímbolo en sus intereses y de muy buen nivel en cuanto preparación, originalidad y frutos. Muy pocos círculos de inves-

tigación científica de la capital gozan de un porcentaje tan alto de maestros y doctores. No es corto el número de rebeldes intelectuales, de sabios con comezón de originalidad. Muchos son más de lo que anuncia su título. Hoy por hoy conviven acá un filósofo, un etnomusicólogo, un agrónomo, una folclorista, un pedagogo, dos filólogos, dos economistas, dos sociólogos, cinco antropólogos sociales y diez historiadores. Quizá toda sea gente vocada, aunque no se descarta la posibilidad de haber tenido dos que tres seudointelectuales de esos que procuran vivir de gratificaciones, cargos y estafas.

En la cuenta anterior no se incluyen los visitantes por uno o dos trimestres: Jean Marie Le Clézio, J. M. Kobayashi, Bryant Roberts, Claude Bataillon, Jean Becat, Ignacio Terradas, etcétera. Ninguno de ellos, por otra parte, se llamaría a sí mismo colmichiano. Los que sin lugar a dudas se consideran colmichianos de corazón son los miembros de los servicios de apoyo. Desde la apertura del instituto un tercio del personal dedica la mayor parte de su diaria tarea a hacer posible que los otros dos tercios disfruten de su tiempo hábil en la búsqueda, la difusión y la docencia de los valores de la cultura. La parte de apoyo se ha echado a cuestras, con entera dedicación, las gestiones para conseguir recursos económicos, acrecer el fondo bibliográfico y facilitar su consulta, repartirse equitativamente la cobija común, mantener en forma y limpias las instalaciones, copiar a máquina manuscritos y dictados, conseguir interlocutores telefónicos, pagar el agua, el teléfono y la luz, hacer mandados, corregir pruebas de imprenta, allegarse y manejar

EL EQUIPO necesario en toda casa de investigadores. Como cualquier instituto cuyos quehaceres primordiales son la investigación en ciencias del hombre, la hechura de investigadores en el ramo científico-humanístico y la difusión de las humanidades, El Colegio de Michoacán, pese a sus escasos recursos económicos, se ha ido haciendo de un equipo que comprende desde papel, lápices, sillas, mesas y escritorios hasta computadoras, pasando por máquinas de escribir, mimeógrafo, proyectores, cámaras fotográficas, copiadoras, sistema de videogra-

ción, lector de microfilm, laboratorio de fotografía, calculadoras y sobre todo, libros, muchos libros, una biblioteca en perpetuo crecimiento, aparte de las bibliotecas privadas de los académicos residentes.

La pequeña comunidad académica que constituye El Colegio de Michoacán sabe que sin libros, revistas, papeles y mapas no hay buena búsqueda, y sabía, desde que se trasladó a Zamora, del vacío de bibliotecas en la ciudad a que se trasteraba. Por lo mismo, una de sus primeras miras fue la de hacerse de una colección bibliotecaria *ad hoc*. Se descartó la idea de una biblioteca pública con un poquito de todo, así como el modelo universitario proclive a juntar libros de texto y similares. Se pensó que lo más acorde a nuestros propósitos sería una biblioteca especializada en obras de ciencias sociales, sobre todo en aquellas relativas a la vida social del Occidente de México. Se vio también la necesidad de erigir hemeroteca y mapoteca con las mismas inclinaciones, y de hacer un archivo con los archivos familiares que empezó a recibir el instituto desde el primer día.

Fue el pie de la biblioteca un millar de libros, regalados por el gobernador Torres Manzo y provenientes de la colección de los esposos Fernández de Córdoba. Poco después se adquirieron por compra dos bibliotecas particulares: la de don José Ramírez Flores (cuatro mil libros, veinte mil folletos y cosa de mil tomos de publicaciones periódicas) de gran valía para historiadores del Occidente de México, y la de Ramón Fernández (cinco mil volúmenes de libros y revistas, miles de folletos y miles de recortes de periódicos) que sirve para el estudio de los problemas agrícolas y agrarios del México reciente. Por su parte, el poeta Manuel Calvillo nos regaló el lote menos poético, el más científico de su biblioteca particular. Con tales donaciones y compras, al concluir el primer año de vida del Colegio, se tuvo una biblioteca de trece mil volúmenes. En 1980 la biblioteca sólo adquirió tres mil volúmenes, en su mayoría de obras de consulta cotidiana. Llegó a los veinte mil volúmenes al año siguiente y a los veinticinco mil en 1982. En el presente año de 1983, recibe la numerosa colección de

mapas de DETENAL, que unida a un conjunto de mapas de interés histórico preexistentes, han hecho una mapoteca de no malos bigotes. También ha crecido con cierta rapidez el caudal hemerográfico. A comienzos de 1983 se contaba con 1420 títulos de revista, y se recibían números de 192 suscripciones vivas. Por ese mismo tiempo se dota al archivo de muchas cajas de cartón y se pone manos a la tarea ordenadora.

El personal de la biblioteca suple su escasez con diligencia. Los encargados de procesos técnicos avanzan a toda prisa en la adquisición, catalogación y clasificación de libros, periódicos y otros materiales. Los que tienen la tarea de servir al público, se ocupan principalmente de dar ayuda a investigadores y estudiantes del propio Colegio. La directora, Esperanza Vega, se ha empeñado en hacer de la colmichiana una biblioteca bien surtida y accesible.

Por su parte, el secretario general del Colegio le pone muchas ganas al acrecentamiento de la parte aparatosa del equipo. Agustín Jacinto, seguro de la utilidad de los aparatos que lanza la moderna tecnología, segurísimo del valor de las computadoras, ha adquirido un par. La de Texas Instruments TI-99/4, con 48K de memoria, accesible al usuario y unidad de diskette de 5", se utiliza para el control del presupuesto de nuestra institución y como auxiliar didáctico en el curso de Estadística. La computadora Radio Shack TRS, modelo 16, con 64K y 216K de memoria en sus dos procesadores y 2.5 Mb en dos unidades de diskette (8"), se usa para el cálculo del presupuesto, la impresión de reportes, la contabilidad, los directores y la hechura de tarjetas del fondo bibliotecario. Se espera acrecer la capacidad de RAM a 512 K y las de almacenamiento a 24 Mb en disco duro en el presente año. Se prevee también para fecha próxima el banco de datos en la mapoteca, la hemeroteca y el archivo y la consulta a base de datos de otras partes tanto de México como de otros países del mundo.

El Colegio de Michoacán no tiene imprenta propia, pero sí un minúsculo departamento editorial que manda imprimir sus trabajos a Morelia y Guadalajara. Bajo el índice del Colegio aparece *Relaciones*, revista trimestral que publica las pri-

micias, las síntesis, los comentarios, los debates teóricos y demás frutos serios de científicos sociales y especialmente del personal académico del instituto zamorano. Aunque el sector editorial sólo requiere los servicios de dos personas es muy importante en la

ESTRUCTURA de El Colegio de Michoacán, en una organización muy sencilla que se finca en la idea de vivir distante, lo más apartado posible del complejo mundo de Kafka. Los hombres de ciencia suelen ser aptos para la anarquía; más que autoridades necesitan mecenas. Sólo por rutina se dice que la Asamblea de Asociados es la máxima autoridad de El Colegio de Michoacán. Las instituciones asociadas para el sostenimiento del instituto son la Secretaría de Educación Pública, el Gobierno del Estado de Michoacán, El Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT), El Colegio de México, el Centro de Investigación y Estudios de Antropología Social (CIESAS), y la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Cada una de estas instituciones, al través de sus representantes, siempre personas de muy alto nivel político (subsecretario, gobernador, presidente, directores y rector) se reúnen una vez al año para oír el informe de actividades del Colegio y proponer algunas enmiendas en la marcha del mismo, que no para ejercer ningún gobierno.

El representante de los socios en la sede zamorana de Colmich lleva el nombre de presidente, pero no practica el presidencialismo a la mexicana. De modo formal se reúne una vez al mes con los cuatro coordinadores de los centros en que se divide el instituto (Antropología Social, Estudio de las Tradiciones, Estudios Rurales e Historia, o sea CES, CET, CER y CEH), un par de profesores y un par de alumnos por cada centro, para convenir lo que salga al paso. Informalmente hay una reunión diaria de la mayoría del personal científico a la hora del café y las aguas frescas.

Junto al presidente trabaja el secretario general, cargo ocupado, desde 1980, por el maestro Agustín Jacinto Zavala. Entre las múltiples actividades de la secretaría sobresalen la

de la hechura y manejo del presupuesto, la vigilancia del fiel cumplimiento de los planes, las compras de equipo y la coordinación de los varios sectores de los servicios de apoyo. Mientras el presidente fragua planes, recibe toda clase de visitas, incluso las que no saben nunca cómo despedirse, entra en tratos con amigos y patrocinadores del Colegio, preside juntas, contesta algunas cartas, informa por escrito a más de una oficina gubernamental, el secretario asume las funciones que no suelen hacer simpático a nadie. El secretario es el punto de conexión entre los académicos (investigadores y alumnos) y el personal de apoyo repartido en los departamentos de diseminación y relaciones públicas, contabilidad, biblioteca, publicaciones, mecanografía e intendencia.

En cada uno de los departamentos se cuentan con los dedos de una mano las personas que lo sirven. En el de difusión y relaciones públicas se basta sola la maestra Catalina Spada, y en el departamento editorial la maestra Pastora Rodríguez y una secretaria. Alfonso Valdivia y quien le ayuda conducen la contabilidad. El número de mecanógrafas es de un guarismo. La presidencia y la secretaría sólo cuentan con la actividad mecanográfica de la Sra. Aurora del Río. Cada uno de los centros tiene una mecanógrafa. El personal de la biblioteca es algo más numeroso, que no comparable al que suelen tener las bibliotecas capitalinas. El técnico responsable de los aparatos reproductores es sólo uno y se le dice Alberto. También se les llama por sus nombres de pila a don Manuel, jefe de intendencia, a José Luis, el chofer, a Salvador y a Pablo.

El Colegio de Michoacán sólo tiene un pelotón burocrático, no los ejércitos que se acostumbran en tantas instituciones científicas. No se desconoce la importancia del personal de apoyo en una comunidad de sabios normalmente torpes en las cosas prácticas, pero también se conocen los riesgos de la abundancia de ayudantes que suele concluir en la dictadura de éstos sobre los ayudados. Hasta ahora aquí ha predominado, en el pequeño grupo de apoyo, una actitud de estimación, de sentido de igualdad y de afecto hacia los investigadores. Estos, por su parte, han sabido apreciar, pese a la conocida petulancia de

los sabios, a quienes con tan buen talante les ayudan a resolver montones de problemitas y les permiten así entregarse de cuerpo entero y tiempo completo a los ocios de la

INVESTIGACIÓN científico-humanística que es la mayor de las tareas asignadas al Colegio de Michoacán, según lo dice el Acta Constitutiva del 15 de enero de 1979. La actividad primordial de la institución se ha regido, poco más o menos, por el siguiente decálogo: 1) El espacio por inquirir es el de la sociedad michoacana. 2) No se excluyen investigaciones sobre otras áreas siempre y cuando se puedan emprender sin demasiadas ausencias de la sede. 3) Se está por las investigaciones de índole antropológica, histórica e interdisciplinaria. 4) Se procura hacer trabajos de duración corta y media que generalmente no se pueden concluir en menos de un año ni tardar más de cinco. 5) Dentro del respeto a la independencia de cada investigador, se promueven las investigaciones que puedan ayudar a salir del hoyo a los paisanos aunque sin caer en el utilitarismo estrecho. 6) Se procura la máxima objetividad. 7) No se olvida que las hipótesis, los marcos teóricos, las ideas previas y los prejuicios deben anteceder y acompañar toda investigación, pero no sustituirla. 8) A la hora de aceptar investigadores, se exigen diplomas que acrediten sus conocimientos y alguna publicación extensa que acredite su pericia. 9) En ningún momento se violentan los gustos, las curiosidades y los modos de matar pulgas de los expertos asociados. 10) En todo momento se busca el vínculo de la investigación con la docencia.

Por lo demás, cada uno de los cuatro centros en que se divide El Colegio de Michoacán tiene sus preferencias en cuanto miras y métodos de dar con el saber. Guillermo de la Peña, coordinador del Centro de Estudios Antropológicos, dice que en su área se han echado a caminar "paquetes de proyectos colectivos y regionales de mediana duración (aunque evaluables por etapas, a corto plazo), con el fin de introducir la dimensión regional como una variable analítica en el estudio de los procesos de cambio social; crear equipos de trabajo

donde colaboren profesores, pasantes y alumnos, y obtener resultados acumulativos”. Hasta ahora esos propósitos se han puesto en práctica en estudios de antropología social del Bajío Zamorano, la zona de Uruapan, la Ciénega de Chapala, la Sierra del Tigre y Guadalajara y su contorno. Como las cinco regiones forman un *continuum* espacial, ha habido mutua fertilización de los proyectos.

Las investigaciones hechas y en proceso en el Centro de Estudios Históricos, los tres primeros años coordinadas por Francisco Miranda y ahora por Andrés Lira, no se han fijado espacios y tiempos precisos, han ido indiscriminadamente a toda clase de asuntos, que no sólo a los de índole económica y social, y han mostrado una mayor preferencia por las investigaciones individuales, que no colectivas. Aquí hay de todo: hay quien se ocupa de Vasco de Quiroga y sus alrededores, de temas de historia de Aguascalientes, de los bandidos sociales del Occidente de México, de la formación intelectual y el pensamiento político de los próceres de la independencia, de la historiografía novohispana, de la trayectoria de las haciendas del noroeste michoacano, de la colonización de la cuenca del río Lerma, de los “cómos” de la enseñanza de la historia de México, de la mitología purépecha y del linaje de la cultura mexicana.

Según Jean Meyer, su coordinador, el Centro de Estudios Rurales “trata de hacer el estudio global, al través de varias disciplinas (historia, geografía, economía, sociología, agronomía) de una sociedad y un sistema económico fundamentalmente agrarios. . . Esa sociedad es la michoacana del noroeste que se asienta en zona fértil, en zona de riego, en zona de cultivos de clima templado. . . Se busca desembocar en una futurología pragmática. . . Economistas y sociólogos tendrán mucho que hacer con el geógrafo y el agrónomo. . . El programa de investigación comprende historia y geografía. . . socioeconomía en el espacio y en el tiempo. . . financiamientos. . . técnicas. . . saldo de acciones del Estado” y muchas cosas más. La coordinada por Meyer es una empresa tan ambiciosa como la célebre de Gamio sobre el Valle de Teotihuacán.

Como los historiadores mexicanos no se han puesto al estudio de ciertas tradiciones que urge conocer a fondo, El Colegio de Michoacán acaba de abrir un cuarto centro que lleva el rótulo de Estudio de las Tradiciones, coordina Francisco Miranda y se dirige a tres puntos muy concretos: alentar las historias de las etnias del occidente de México escritas por individuos oriundos de tales etnias; traducir del latín al español textos valiosos de escritores de la Provincia Mayor de Michoacán (Vasco de Quiroga, Alonso de la Veracruz, Díaz de Gamarra y otros) y recoger manifestaciones populares de música, poesía, cuentos, saberes, costumbres, artesanía que están a punto de extinguirse.

Por otra parte, investigadores de cada uno de los cuatro centros han participado en dos programas de oriundez gubernamental, uno proveniente de la gubernatura michoacana y el otro, de la Secretaría de Educación Pública. Aquél se propuso dotar de su monografía geohistórica a cada uno de los municipios del Estado de Michoacán, y éste de una monografía semejante, pero estatal, a cada uno de los estados de la República Mexicana. A la serie promovida por Carlos Torres Manzo contribuyen los investigadores Heriberto Moreno, Álvaro Ochoa, Luis González, Carlos Herrejón y Francisco Miranda con la hechura de sendas monografías de Cotija, Jiquilpan, Sahuayo, Zamora, Tlalpujahuá, Uruapan y Yurécuaro; es decir, con la mitad de las que se hicieron. La contribución a la serie promovida por Fernando Solana fue de nueve monografías: Aguascalientes de Beatriz Rojas, Baja California Sur de Agustín Jacinto, Colima de José Lameiras, Guerrero de Francisco Miranda, Jalisco de Heriberto Moreno, Estado de México de Carlos Herrejón, Morelos de Guillermo de la Peña, Nayarit de Jean Meyer y Michoacán de Luis González. La serie monográfica estatal se hizo para servir como auxiliar didáctico en el ciclo superior de la primera

ENSEÑANZA en la que incurrió de modo esporádico El Colegio de Michoacán que, en otro nivel, es centro de docencia. El segundo propósito de Colmich, según consta en su acta consti-

tutiva, es la de formar investigadores de altura en tres o cuatro ciencias humanas. Por lo mismo, Colmich trabaja con grupos pequeños de estudiantes. En 1979 se pusieron en marcha dos maestrías: Antropología Social e Historia. En 1981 se agregó a las anteriores la de Estudios Rurales. Para 1984 se tiene proyectada la de estudios étnicos. La primera promoción de alumnos de Antropología Social e Historia han empezado a presentar tesis para optar al grado de maestría. La segunda promoción de alumnos de Antropología Social, Historia y Estudios Rurales apenas acaban de seguir cursos y principian la elaboración de sus tesis. Los grados expedidos por El Colegio de Michoacán gozan del reconocimiento correspondiente.

Desde la primera promoción de maestría se procuró que todos los investigadores de El Colegio de Michoacán dieran alguna materia del curriculum. Por lo que mira a los estudiantes, desde el principio se tuvo el propósito de que fueran pocos, vocados y becados. En la primera promoción los selectos fueron dieciséis estudiantes, y en la segunda, veinticinco. En ambas promociones se favoreció a estudiantes de provincia. Con todo, fue notable el número de capitalinos. La mitad de los aceptos era de la metrópoli, venía con licenciatura metropolitana. Una pequeña parte, sobre todo de la primera generación, fue de sudamericanos.

En ambas promociones se ha seguido la regla de no amontonar cursos. Rara vez se han dado más de cuatro por trimestre. Se combinan las materias de índole teórica con las relativas al aquí y ahora donde vivimos; las de alta especialización con generales y multidisciplinarias; las referentes a México con las de tema mundial. A todos los estudiantes se les somete al triple régimen de diálogo, tutoría e investigación. En todos los cursos se da el diálogo incesante entre maestros y aprendices. Aunque el sistema de diálogo o seminaril corre el albur de convertir las horas de clase en charlas de café, acá se sigue por ser el mejor enlace entre la docencia y la investigación. La conversa en el aula a nivel de maestría no resulta generalmente tiempo perdido y es un buen puente para ir al sistema de tutoría que también patrocina El Colegio de Michoacán, cre-

yente como es de que la mejor manera de aprender un oficio es mediante el trabajo junto con un maestro, viéndolo hacer y haciendo con él, y donde poco a poco el alumno va adquiriendo autonomía como investigador. En suma, El Colegio de Michoacán deja a sus estudiantes discutir con sus maestros sobre lo que les venga en gana y procura que aprendan a investigar haciendo investigaciones junto a un hombre veterano en el arte de la investigación humanística.

Otras costumbres colmichianas son las de los trabajos de campo y archivo y la de los seminarios de debates. Después de las prácticas de campo, si se trata de antropólogos sociales, y de archivo, para los alumnos de historia, prácticas supervisadas por el tutor, cada alumno debe hacer un informe de tareas realizadas para ser discutido en un seminario de debates al que asisten generalmente maestros y alumnos del centro respectivo. De esas juntas suelen salir los proyectos de tesis que son siempre investigaciones de buen alcance, no simples plagios, ni obras de tijera y engrudo. Hasta ahora se ha procurado que toda tesis tenga la calidad necesaria para convertirse en publicación impresa, para que entre al nivel de las

PUBLICACIONES en que suele desembocar la investigación científica. Aquí se está convencido de que las publicaciones son por ahora el único y auténtico índice de una vida intelectual. El Colegio de Michoacán recuerda lo dicho por Alfonso Reyes: "Aconseja menos y haz libros buenos; no veas cómo el otro vive, tú escribe" y naturalmente el escritor aspira a ser publicado y a que se le juzgue por las publicaciones más que por cursos, conferencias, comentarios orales y otras maneras de difundirse de viva voz.

El Colegio de Michoacán le ha dado rienda suelta a las difusiones visual y hablada. Casi desde sus comienzos, se enfrascó en exhibiciones de cine club, conferencias intramuros, conferencias foráneas, coloquio doméstico de antropología e historia regionales, asistencia a congresos y cursillos fuera de casa. En los informes anuales del presidente a la asamblea de asociados se ve cómo se ha vuelto costumbre ofrecer al público

en general una conferencia a la luz de la luna, viernes a viernes, dada por un ilustre conferenciante: Antonio Alatorre, Gustavo Cabrera, Antonio Carrillo Flores, Fernando Salmerón, Leopoldo Solís y Luis Villoro, para sólo hacer mención de los que han venido del Colegio Nacional. Por otro lado, se han reunido en Zamora en coloquios que organiza Colmich, expertos en problemas regionales en 1979, en cultura purépecha en 1980, en reforma agraria en 1981, en migraciones en 1982 y en pensamiento novohispano en 1983. Y cuando la montaña no viene a Mahoma éste acude a la montaña. El personal académico de Colmich asiste con frecuencia a congresos y simposia de su especialidad. Los colmichianos no creen en las virtudes creadoras del aislamiento. Cada uno da anualmente cosa de cinco a seis conferencias, y en forma esporádica, cursos breves en diversas universidades de México y el extranjero.

Como quiera, la manifestación mayor de la actividad colmichiana son los ensayos de fondo y los libros. De enero de 1979 a junio de 1983 han salido de las prensas cuarenta y cinco volúmenes (diez por año) y alrededor de cien artículos de fondo (cosa de veinte anuales) calzados con la firma de colegiales. Estas cifras no incluyen artículos breves ni tampoco reediciones de obras. De la vasta producción de índole libresca sólo quiero decir lo siguiente. De los volúmenes publicados, tres recogen ponencias presentadas en otros tantos coloquios de Antropología e Historia Regionales (*Cultura purhé*, editado por Francisco Miranda; *Después de los latifundios*, editado por Heriberto Moreno, y *Sabiduría popular*, editado por Arturo Chamorro); dos son de teoría y método (*El aula y la férula*, de Guillermo de la Peña y *Nueva invitación a la microhistoria*, de Luis González); cuatro son de historia de México en su conjunto y más concretamente de períodos cercanos a la actualidad de la vida del país (*El coraje cristero*, de Jean Meyer y los *Artífices del cardenismo*, *Los días del presidente Cárdenas* y *La ronda de las generaciones*, de Luis González); siete son las monografías municipales de que ya se habló; nueve, las ya mentadas monografías de otros tantos Estados de la República; otras trece caen también dentro de la categoría de trabajos

microhistóricos: J. M. Le Clézio, *Trois villes Saintes*; Maria Lapointe, *Los mayas rebeldes de Yucatán*; Francisco Miranda, *Caurio de Guadalupe*; Heriberto Moreno, *Guaracha, tiempos viejos y tiempos nuevos y Jalisco, esta tierra*; Beatriz Rojas, *La destrucción de la hacienda en Aguascalientes y La pequeña guerra*, y Luis González Michoacán y *La Querencia*, y tres biografías: Francisco Miranda, *Vasco de Quiroga y Leonardo Castellanos*, y Alvaro Ochoa, *Diego José Abad y su familia*. Los tres catálogos de archivos de Cayetano Reyes pertenecen a la categoría de auxiliares de la historia.

Aunque la mayor parte de lo producido por los investigadores del Colegio de Michoacán en el orden libresco es de índole histórica, no son escasos los libros de antropología social y economía. No son históricos el de Patricia Arias, *El fin de la tradición alfarera*; Thierry Linck, *Usura rural en San Luis Potosí. Un acercamiento a la problemática de la integración campesina*; Guillermo de la Peña, *Herederos de promesas. Agricultura, política y ritual en los Altos de Morelos* y Gustavo Verduzco, *Campesinos itinerantes. Colonización, ganadería y urbanización en el trópico mexicano*.

Aunque vivimos en una época de no querer hacer, de inapetencia laboral, los colmichianos hemos hecho, además de los volúmenes citados, muchos artículos gordos que se pueden leer en *Relaciones*, *Études Mexicaines* y otras revistas especializadas, y en *Vuelta*, *Diálogos* y *Nexos* y otras revistas de alta divulgación. También se nota la facundia en periódicos diarios y semanarios, como *El Sol de Zamora* y *Guía*, donde suelen aparecer artículos breves de algunos profesores (Andrés Lira, Jean Meyer, Francisco Miranda, César Moheno) y algunos estudiantes (Humberto González, Álvaro Ochoa, Sergio Reséndiz y otros).

En lo que va dicho hay una ausencia absoluta de auto-crítica. Para no ser tildados de engreídos, los colmichianos debemos admitir la poca repercusión de la mayor parte de lo dado a luz. La revista *Relaciones* sigue siendo una publicación trimestral secreta, con menos de cien suscriptores. El *Boletín del Centro de Estudios Lázaro Cárdenas y Études Mexicaines*,

otras dos revistas frecuentadas por los colmichianos, no circulan más que *Relaciones*. Otra suerte se ha tenido con los ensayos para *Nexos* y *Vuelta*, y sobre todo con las colaboraciones para *Guía*, el periódico zamorano de frecuencia semanal. De los cuarenta y cinco libros, los veintitantos con muchas citas para apantallar a los colegas, los no hechos para el común de la gente, nadie sabe qué fue de ellos. ¿Habrán tenido lectores? Han sido muy poco reseñados y muy poco citados. ¿Será porque críticos y colegas no supieron de su publicación? Sólo la veintena de obras de divulgación caen dentro de la especie de libros exitosos. Las monografías municipales del Estado de Michoacán se vendieron como pan caliente. Las de los Estados cuentan con un público cautivo, variable, infantil y muy numeroso.

En estos tiempos de repudio a la inutilidad, las instituciones de investigación científica deben responder a la pregunta siguiente: ¿Cuánto ha contribuido el instituto de que nos habla a la solución de la problemática social? Quizá algunos centros inquisitivos posean los mecanismos de evaluación necesarios para contestar la pregunta. El Colegio de Michoacán ignora hasta qué punto contribuyen sus obras científico-humanísticas a la resolución de los problemas de la gente estudiada en esos libros y artículos. Por lo demás se trata de una institución niña, de poco pasado influyente, anecdótico y poético.

Otras cuestiones a la altura de este tiempo obsesionado por lo económico son las relativas al origen de los recursos y al monto y distribución de los mismos. En este terreno Colmich no es nada excepcional. Sus recursos de índole económica provienen del sector público; en más del 90% del gobierno federal; sobre todo de la Secretaría de Educación Pública. Conforme a la costumbre mexicana, vive del presupuesto público, pero trabaja con pecunia corta, sin arca abierta. Como ya no es de mal gusto hacer alusión a la conducta crematística de los sabios, se puede decir que El Colegio de Michoacán destina las tres cuartas partes de sus recursos al beneficio de sus investigadores que como ya se sabe ahora no son tan insensibles a los bienes económicos como se creía antes. Sólo un cuarto de

la cobija va a cubrir al personal de apoyo, que contra lo supuesto por la tradición, no sólo trabaja para obtener cosas tangibles y materiales. El Colegio de Michoacán es una especie de monasterio sin abad donde los monjes no están comprometidos con la clausura y las prácticas ascéticas, que sí con la verdad y el bien de la gente del contorno.